"Virya"

Imp. Lines. A. Reyes — Cuarta Epoca — Apartado No. 568

Año XXIV — SAN JOSÉ, COSTA RICA, ABRIL Y MAYO DE 1931 — Nº 80

¿CÓMO EXPLICAR EL UNIVERSO? LA CIENCIA SE HALLA EN UN ESTADO DE PERPLEJIDAD

Por Waldemar Kaempffert

Para poetas y teólogos, la ciencia victoriana era altamente ofensiva, porque reducía el Universo a una máquina en la cual el hombre no llenaba propósito alguno. Era Dios un ingeniero extraordinariamente hábil y vidente que ensamblaba los átomos y las estrellas para formar un mecanismo visible. En este concepto de las cosas, la existencia o no existencia del hombre y de su conciencia no tenía importancia. El mecanismo cósmico continuaba moviéndose. Desde los tiempos de Galileo y de Newton se habían venido acumulando tantas pruebas en favor de la idea de un universo mecánico, que habían llegado a ser abrumadoras. La función de la ciencia, en último término, se supuso que era la de predecir el futuro fundándolo en la operación incesante de una máquina.

El universo mecánino ha desaparecido ya. La ciencia se halla forzada a convertirse en idealista. En dos conferencias recientes, la una de Sir James Jeans y la otra de Sir Arthur Eddington, adalides los dos de la física matemática, se encuentra sintetizada la situación curiosa a que ha llegado la ciencia. El descubrimiento de la estructura atómica, el vínculo que existe entre la radiación y el concepto de la materia, la evidencia presentada por Einstein y algunos otros de que las presuposiciones del sentido común no admiten un examen crítico, ha hecho necesario el reemplazar a la máquina por el pensamiento; por el pensamiento en la forma de conceptos matemáticos. La relación de causa y efecto desaparece en su sentido estricto. Parece reinar el azar. Hay ahora campo para el hombre y su alma. El matemático ha desalojado al anticuado filósofo, quien muestra tanto asombro ante la nueva concepción física del universo, como si fuera un verdadero lego. Dios es un matemático cuyas maravillas se revelan en abstracciones simbólicas y cuyos profetas son Einstein, Eddington, de Broglie, Schrodinger y Hisenberg.

EL UNIVERSO ESPIRITUAL

En su ya famosa "Rede Memorial Lecture", convertida en un libro: "El Universo Misterioso", Jeans proclama que el Universo es la creación de una mente, talvez la mente misma. Y en sus recientes alocuciones en Inglaterra y los Estados Unidos, Eddington declara que tras los símbolos en que la realidad encuentra únicamente su lógica expresión, hay "un

espíritu donde la verdad tiene su santuario, con potencialidades de realización en respuesta a la belleza y al bien". Estos dos hombres hablan con un profundo convencimiento. Sus puntos de vista no les son peculiares, sino que son el de un grupo de físicos matemáticos que han hecho de la teoría atómica, del espacio no-euclidiano y de la radiación, su principal estudio

El único lenguaje en que puede expresarse la nueva visión científica es en el de las matemáticas. Explicar las nuevas teorías en una forma popular es tan difícil como explicar a un sordo la naturaleza de una fuga de Bach. Tampoco debe suponerse que los matemáticos tienen una visión clara del asunto. Sus ecuaciones son interpretaciones formales de la experiencia. Detrás de su simbolismo está el universo real, apenas si presentido por ellos, pero que permanece por siempre incognoscible, porque el razonamiento matemático no puede ir más allá.

La historia de la teoría electrónica de la materia señala nuestro cambio de concepto acerca de lo que se considera como "realidad". Comenzamos con el conocido átomo "sistema-solar" inventado por Sir Ernest Ruthford. Imaginaos un núcleo y a su alrededor girando los electrones como si fueran planetas. El hidrógeno poseía un solo electrón planeta. En el otro extremo de la escala estaba el uranio con 92 electrones. Hasta 1925 el átomo de Ruthford se mantuvo en pie. Entonces se hablaba de la trasmutación de los elementos. ¿Por qué no? Ruthford mismo trasmutó algunos elementos en otros, privándolos de electrones. Sobre el papel, al menos, era posible convertir los bajos metales en los nobles, por la adición de electrones.

ELECTRONES Y ELECTRICIDAD

El átomo así concebido era todavía una pieza de maquinaria. La trayectoria de los electrones fué fotografiada. No había duda acerca de la realidad de los electrones aunque fueran más pequeños que cualquiera de los átomos invisibles. Lo desconcertante y difícil de comprender era que estos electrones no sólo eran materia sino electricidad. Sir J. J. Thompson y el profesor R. A. Millikon midieron la carga eléctrica de un electrón, mostrando que el electrón era todo carga eléctrica.

Para apropiarse de este nuevo concepto fué necesario hacer un reajuste de los patrones del pensamiento. Arboles, estrellas, casas, todo estaba compuesto de fragmentos de electricidad, inconcebibles por su pequeñez. La materia y la energía eran una sola y misma cosa. El hombre integrado por electrones era una manifestación de la energía. En él nada había de material en el sentido corriente de la materia. A pesar de su solidez, estaba, en mayor parte, compuesto de espacio vacío, poblado por raros fragmentos de energía que se arreglaban en forma de átomos. En realidad, el hombre se hallaba relativamente tan vacío como un sistema planetario. Sólo la pequeñez extrema y el vasto número de los átomos le daban el aspecto y el empaque de carne sólida.

Por no seguir los principios de Newton estrictamente, cayó en desgracia el átomo de Ruthford. A medida que los electrones giraban, radiaban energía. Los principios de Newton exigían que al mismo tiempo los electrones se acercaran más y más al núcleo o "proton". Un universo compuesto de semejantes electrones planetarios tenía que desintegrarse en la nada años ha. El hombre que más hizo para sacar a la ciencia de

esta dificultad fué el profesor Max Plank, cuya teoría de la "quanta" es tan importante como la de la relatividad de Einstein, aunque más difícil de comprender y de expresar en el lenguaje corriente. Sólo las consecuencias de la teoría pueden ser puestas en palabras. En verdad, no debe suponerse que aún los sapientísimos matemáticos pretenden comprender esta teoría. Unicamente los doce hombres que se supone comprenden a Einstein entienden la teoría de la "quanta" en algo que puede llamarse su completo significado matemático.

(Continuará)

PLEGARIA AL ESPÍRITU SUPREMO DE LA VIDA

"¡Oh Espíritu Supremo de la Vida, que de la Unidad creas la infinita diversidad de la Natura, y al mismo tiempo impones Tu Unidad omniabarcante y omnipenetrante en la incontable multitud de las cosas! ¡Qué atas los átomos y las células para formar los organismos, y los organismos para formar las especies, los géneros y los reinos; que ligas a éstos con los planetas, a los planetas con los soles para forjar sistemas planetarios, y a los soles con soles más distantes, encerrándolos todos en sistemas estelares y haciendo de todo este proceso mundial un Universo! ¡Qué penetras en estos fantoches de carne y hueso, pues sin Tí eso seríamos, y nos adornas con la mente que puede abarcar esos sistemas; que en verdad capacitas a semejantes fantoches para que puedan comprender y simpatizar con ellos mismos y prestarse ayuda! ¡Tú, que eres la Fuente Unica de cuánta unidad existe, no sólo en el pensamiento asiático sino en todo pensamiento; que eres la realización de aquello que sólo puede traer, porque se halla eternamente presente, la felicidad incruenta y la paz, como ninguna otra cosa lo puede conseguir! ¡Qué esa Vida y Luz universales vivifiquen e iluminen nuestros corazones! En el nombre de Aquel que no tiene nombre y que responde, sin embargo, a todo nombre con que se le llame; en el nombre de Aquel cuya Unidad permea toda multiplicidad y que contiene a la vez toda multiplicidad dentro de sí, podamos comenzar nuestras labores con esperanza de acabado cumplimiento".

BHAGAVAN DAS

COMO VINO A MI LA TEOSOFIA

Por C. W. Leadbeater

(Continúa)

Esto ocasionó, por supuesto, la confusión consiguiente. El pobre del señor Oakley tuvo que ir a rescindir el arreglo para los cuartos y nos fuimos al otro hotel que, si bien era menos lujoso, prestaba las suficientes comodidades. Estaba situado en la Plaza de Ezbekieh y nuestros cuartos daban al jardín de la plaza. Allí permanecimos por varios días y la sugestión trasmitida a Mme. Blavatsky fué muy oportuna, ya que pudo ob-

tener de los administradores del hotel, así como de algunos sirvientes que habían trabajado en la casa por varios años, numerosos detalles que demostraban hasta la evidencia la incorrecta conducta y la falta de honradez de los Coulomb.

Fué en el cuarto de Mme. Blavatsky, en aquel hotel, en donde vi, por vez primera, uno de los Miembros de la Fraternidad. Mientras me hallaba sentado a sus pies buscando algunos papeles que ella necesitaba, quedé asombrado al ver, de pie entre nosotros, un hombre que indudablemente no había entrado por la puerta, frente a la cual había estado yo todo el tiempo y la cual, me constaba, no había sido abierta. Yo salté, profiriendo una aguda exclamación de sorpresa, lo que hizo reir estrepitosamente a Mme. Blavatsky, la cual me dijo burlonamente: "Usted no irá muy lejos en el camino del ocultismo si tal fácilmente se asusta de una cosa tan insignificante como ésta". Luego me presentó al visitante, que era el que actualmente es el Maestro Djwal Kul, si bien por entonces no había alcanzado aun la Iniciación que lo ha convertido en Adepto.

Nuestra permanencia en Egipto fué, por muchos conceptos, una experiencia de las más notables, pues Mme. Blavatsky nos explicaba continuamente mucho del lado oculto de las cosas que veíamos. Había estado élla en Egipto anteriormente y se hallaba relacionada con algunos de los altos dignatarios, incluso el Primer Ministro, Nubar Pashá, quien bondadosamente nos invitó a todos a comer. También conocía íntimamente al Cónsul de Rusia, Monsieur Hitrovo, que era sumamente obsequioso y atento hacia ella, enviándole todas las mañanas un gran bouquet de preciosas flores, y tratándola, bajo todo aspecto como a una dama de la más elevada alcurnia, como en realidad lo era en su país.

También nos presentó ella al señor Maspero, el Curador del Museo Boulak, como antes se llamaba. Recuerdo al detalle cómo visitamos el Museo acompañados por este caballero y cómo Mme. Blavatsky le daba la más interesante información acerca de las diversas curiosidades que tenía a su cuidado. Vimos muchísimas cosas interesantes y, por supuesto, con la enorme ventaja de tener a nuestro lado alguien que conocía tan bien las costumbres orientales y que podía explicarnos el significado de tantas cosas que, sin ella, no hubiéramos entendido. Recuerdo que un día que nos hallábamos a las ventanas del hotel, mirábamos cómo, cierto número de hombres, musulmanes sin duda, se reunían en círculo, en el jardín de la plaza, todos con la faz hacia el centro. Después de ciertas recitaciones preliminares, todos empezaron un ejercicio de extraordinaria violencia, levantando las manos sobre la cabeza tan alto cuanto podían, doblegándose lo más posible hacia atrás y luego hacia adelante, hasta tocar el suelo frente a ellos con la punta de sus dedos; cada vez que hacían ese movimiento convulsivo gritaban todos al unísono el nombre de Dios: "*Al-lah-há!*"

Tan extraño rito se prolongó por espacio de media hora hasta que, repentinamente, todos dieron media vuelta hacia su izquierda, de tal manera que, si bien permanecían de pie formando círculo, cada uno daba la espalda a otro. Entonces cada cual colocó sus manos sobre los hombros de quien quedaba a su frente y todos comenzaron a correr al rededor de aquel círculo, *ladrando todos al unísono*, exactamente como perros. Esto continuó por unos cinco minutos hasta que uno de aquellos hombres saltó fuera del círculo y cayó al suelo

en un acceso, retorciéndose horriblemente y echando espuma por la boca. En pocos momentos todo el resto de ellos se encontró en la misma condición y la escena era de lo más repulsivo. Pasado un corto tiempo, uno por uno pareció volver en sí y, sentados, miraban a su derredor como extraviados y pronto se ayudaron mútuamente a ponerse en pie y se marcharon.

Pero la cosa más extraordinaria fué que todos los que pasaban por aquella calle tan concurrida no paraban mientes en el caso; ninguno se detuvo a observar a aquellos hombres, mucho menos a ayudarlos. Mme. Blavatsky nos dijo que pertenecían a cierta secta que acostumbraba tales prácticas, y que por medio de ellas se creían poseídos por ciertos espíritus de los cuales podrían obtener, estando en tal condición, toda clase de información útil; por ejemplo, dónde podría encontrarse un tesoro escondido; o recibir consejo respecto a alguna dificultad en la que les acaeciere encontrarse. Nos describió también, de la manera más detallada las criaturas elementales peculiarmente espectrales y malignas que se congregaron con motivo de aquella abominable ceremonia.

La señora Blavatsky comprendía el árabe y solía divertirnos grandemente al traducir para nuestro beneficio las observaciones privadas que hacían los graves y circunspectos comerciantes árabes que tenían sus puestos en el Bazar. Después que nos hubieron llamado perros cristianos y que hubieron aplicado los adjetivos más irrespetuosos a nuestras madres y mujeres por muchas generaciones; ella les preguntaba en su propio idioma si les parecía esa la mejor manera en que un buen hijo del Profeta debiera expresarse de aquellos de quienes esperaba obtener una ganancia comercial. El asombro de ellos no es para describirse; no esperaban jamás que un europeo pudiera comprenderlos.

Sin embargo, parece que el árabe era el único idioma oriental que ella conocía; nada sabía del sánscrito, y muchas de las dificultades de nuestra terminología teosófica surgen del hecho de que, en aquellos días, para encontrar el término, solía ella describir lo que veía o conocía y preguntar a cualquier hindú que estuviera cerca, cuál era el nombre sánscrito para aquéllo. A menudo el que le suministraba el término pedido no había comprendido claramente lo que ella quería expresar; y aunque lo hubiese comprendido, debemos recordar que ella hacía preguntas a partidarios de diferentes escuelas de filosofía y cada uno replicaba de acuerdo con el matiz de significado que se aplicaba al término en su sistema de enseñanza. Por aquel tiempo se efectuaban constantemente muchos fenómenos curiosos al rededor de ella. Desde luego, ella misma era el más asombroso de todos los fenómenos, pues sus cambios eran proteicos. A veces los mismos maestros utilizaban su cuerpo y escribían o hablaban directamente mediante ella. En ocasiones, cuando su Ego se hallaba ocupado en otra parte, uno u otro de dos discípulos, de menor grado que ella misma, ocupaban el cuerpo y aun se dieron ocasiones en que otra mujer lo cuidara, creo que era una tibetana. Frecuentemente pude observar todos estos cambios, al tener lugar, y ver cómo, el nuevo ocupante del cuerpo, miraba a su alrededor para darse cuenta del estado de cosas al cual llegaba, tratando, por ejemplo, de coger el hilo de la conversación. Ahora bien, con todo esto, no era ella una medium en ningún sentido, pues el verdadero dueño del cuerpo permanecía más o menos cerca de él contínuamente, en su plena con-

ciencia y comprendiendo por completo lo que pasaba.

Tan estupendos cambios provocaban, a veces, las complicaciones más extraordinarias. El chela que era súbitamente llamado a ocupar el cuerpo, se hallaba, por supuesto, ignorante de lo que se había dicho minutos antes; por lo cual, en ocasiones, era cogido en lo que parecían descaradas contradicciones. Recuerdo que uno de los residentes de Avenue Road me refirió una anécdota que da buena idea de las dificultades con que nos encontrabámos. El narrador era hombre de alguna experiencia legal y, por consiguiente, se le comisionaba como representante de los dueños de la casa, o de Mme. Blavatsky, cada vez que se presentaba algún asunto con abogados. Cierto día surgió un asunto de esa clase, no recuerdo precisamente de qué se trataba, pero el caso fué que la señora Blavatsky debería firmar ciertos documentos. Nuestro amigo los puso ante ella y se esforzaba por explicarle el verdadero sentido legal de responsabilidad que entrañaban; pero ella parecía no comprender claramente el asunto e hizo a un lado los papeles, algo impaciente ya. El, creyendo haber obtenido todas las firmas necesarias, los recogió y se preparó para salir de la ciudad; pero en vista de que el tiempo era más frío de lo que él pensaba, decidió tomar consigo su abrigo y subió a su habitación a buscarlo.

Al cambiar sus papeles de un bolsillo a otro, maquinalmente los revisó para cerciorarse de que estaban completos y afortunadamente echó de ver que en uno de ellos faltaba la firma, y así al bajar, penetró de nuevo al cuarto de Mme. Blavatsky diciendo:

—"Señora, uno de esos papeles quedó sin firmar: ¿Quiere Ud. hacerme el favor?

—"¿Qué papeles?" preguntó Madame Blavatsky.

—"Sólo uno más, de los que Ud. firmó hace un momento".

—"¿Qué dice Ud? Yo no he firmado papeles", replicó ella indignada.

—"Pero señora, aquí los tiene usted", protestó el desconcertado hermano; y los esparció ante ella.

—"Oh, de veras", dijo ella, convencida al parecer; "¿pero para qué son?"

Nuestro amigo repitió sus explicaciones; y no solamente fueron éstas plenamente comprendidas esta vez, sino que esta Mme. Blavatsky era un mejor hombre de negocios que su interlocutor, y le hizo preguntas que éste fué incapaz de contestar.

No es de sorprender, pues, que los extraños no siempre se dieran cuenta cabal de la situación.

Recuerdo una ocasión en que ella compró en un puesto de perfumes en el Cairo un pomito de *attar* esencia de rosas para usarla en el Sagrario de Adyar, pagando £ 2 por él. Media hora después, cuando nos sentábamos a la mesa del hotel para tomar el lunch, en un reservado para los de nuestra partida, cayeron del espacio sobre la mesa dos monedas inglesas y Mme. Blavatsky nos explicó que se le había dicho que no debería ella gastar ningún dinero para ellos en este viaje, porque íbamos a necesitar hasta del último chelín antes de que llegásemos a Adyar, lo cual resultó muy cierto.

Por varias veces pude observar muchos de estos fenómenos tan íntimamente relacionados con Mme. Blavatsky. La he visto precipitar dibujos y escritos y le he visto también encontrar, por sus poderes ocultos, algún objeto que se había perdido; en varias ocasiones he visto cartas caer del aire en su presencia y también debo agregar que he visto una carta semejante caer en la residencia

central de Adyar cuando ella se encontraba en Inglaterra a 6000 millas de distancia; e igualmente he tenido muchas veces el privilegio de ser utilizado por el maestro para entregar cartas de esa clase, después que ella había partido del plano físico.

En aquellos primeros días de la Sociedad los mensajes e instrucciones de los maestros los recibíamos en esa forma y así vivíamos poseídos de un espléndido entusiasmo que apenas pueden imaginarse quienes ingresaron a la Sociedad después de la muerte de Mme. Blavatsky.

Quienes hemos tenido el inestimable privilegio de un contacto directo con los maestros hemos retenido naturalmente aquel entusiasmo, pero no es fácil para nosotros, cuyos poderes son mucho menores que los de ellos, impartirlo a los miembros nuevos. A veces me pregunto, sin embargo, cuántos de nuestros miembros actuales se hubieran encontrado capacitados para resistir las pruebas algo severas, pero notablemente eficaces, en las cuales ella solía poner a sus discípulos; puedo dar testimonio de ciertos cambios radicales que sus métodos drásticos produjeron en mí en un espacio de tiempo muy corto, así como del hecho de que han sido permanentes.

Cuando me puse bajo su dirección, yo era un Cura ordinario, que jugaba lawn-tennis, un hombre corriente y consciente, según creo, pero increiblemente tímido y corto, con la aversión del inglés ordinario por hacerse conspícuo de alguna manera o por quedar en una posición ridícula. Después de pocas semanas de su tratamiento, había alcanzado una etapa en la cual estaba absolutamente a prueba de ridículo y no me importaba, en lo más mínimo, lo que otros pensaran de mí. Y esto literalmente, no porque ya hubiese aprendido a soportar la desaprobación estoicamente a pesar de mi angustia interna, sino porque de hecho ya nunca jamás pensé en ello, y desde entonces nunca me ha preocupado lo que la gente pensara o dejara de pensar de mí. Admito que sus métodos eran drásticos y positivamente desagradables a veces, pero no había duda acerca de su efectividad.

Mirando retrospectivamente las impresiones de aquellos primeros días, me parece que la característica más prominente de Mme. Blavatsky era su maravilloso poder. Aparte de los grandes Maestros de Sabiduría, jamás he conocido persona alguna de quien emanase poder tan visiblemente. Cualquiera persona que fuera presentada a ella, se sentía inmediatamente en presencia de una tremenda fuerza a la cual estaba por completo desacostumbrada; se daba cuenta con un vívido desconcierto que aquellos maravillosos ojos azul pálido miraban claramente a través de uno y con mucha frecuencia ella deslizaba alguna observación casual que demostraba al otro que sus aprehensiones a este respecto estaban bien fundadas. A algunas personas no les gustaba encontrarse así tan inesperadamente transparentes y por esa razón odiaban cordialmente a Mme. Blavatsky, en tanto que otros la amaban (y la aman) con todo su corazón sabiendo bien cuánto le deben y cuán grande es la obra que ella llevó a cabo. Tan poderosa era nuestra líder que creo nadie se sintió jamás indiferente ante ella. Cada cual experimentaba bien una fuerte atracción o bien una fuerte repulsión.

Ciertamente era muy instruída, no una universitaria en el sentido ordinario de la palabra, poseía una suma, aparentemente ilimitada de conocimiento no usual sobre toda clase de asuntos poco comunes. Aguda, pronta en la réplica, brillante conversadora, hacía los más dramáticos

relatos de las más espeluznantes historias que yo he escuchado, muchas de las cuáles eran sus propias experiencias personales. Era una infatigable trabajadora, desde la madrugada hasta altas horas de la noche, y esperaba que cada cual a su alrededor participase de su entusiasmo y su maravillosa resistencia. Siempre estaba dispuesta a sacrificarse (y a sacrificar a los demás también) por la causa, por la gran obra a la cual ella se había dedicado. La nota dominante de su vida era la completa devoción a su Maestro y a su obra, y si bien ahora usa ella un cuerpo diferente, aun subsiste inmutable aquella nota, y si alguna vez se le ordenara salir de su retiro para encargarse de nuevo de la Sociedad que ella fundó, escucharíamos, sonando en nuestro oído como un clarín, su llamado para agrupar a sus antiguos y a sus nuevos amigos a fin de que continúe aquel trabajo a través de las edades.

Nuestra interesante permanencia en el Cairo terminó con la noticia de que nuestro vapor "NAVARINO" de la British India, debería llegar a Port Said en cierta fecha. Se me despachó allá como una especie de *avant courier* para hacer arreglos anticipados a fin de obtener ciertas comodidades especiales para Mme. Blavatsky, quien, con el resto de nuestra pequeña partida deseaba evitar el paso del Canal, permanecer un día más en el Cairo y embarcarse en Suez. Cumplí debidamente esta pequeña comisión y creo que nuestra líder quedó muy satisfecha con su camarote, si bien, por supuesto, carecía mucho del lujo de los grandes vapores modernos. Venía el vapor ocupado en su totalidad y entiendo que tanto los pasajeros como los oficiales eran del tipo común de personas que uno espera encontrar a bordo de cualquier vapor que vaya al Oriente. Tal vez el Capitán era algo distinto porque era muy religioso, de estrecho criterio y puritano, por lo cual naturalmente miraba a Mme. con una rígida falta de aprobación que parecía fuertemente mezclada de horror. Su actitud hacia nuestra partida fué de glacial reserva y durante todo el viaje apenas alguno de nosotros cambió pocas palabras con él. Los oficiales eran sin embargo más tratables, recuerdo que la señora Oakley, que era una infatigable propagandista; trabó relaciones amistosas con el tercero de a bordo, el Sr. Wadge, y logró interesarlo en la Teosofía hasta cierto grado, lo suficiente para inducirlo a leer uno o dos libros, para asistir a una de nuestras reuniones en Adyar, y me parece que para entablar posteriormente correspondencia con él.

Entre los pasajeros venían varios misioneros, y ellos con una sola excepción parecían resueltamente dispuestos a considerarnos como emisarios del Príncipe de las Tinieblas. Había una excepción, un joven ministro Wesleyano que se llamaba Restorick, con el cual acostumbraba yo jugar tennis de cubierta; lo encontré muy amigable y razonable y discutir sin acrimonia toda clase de asuntos religiosos.

Un tipo muy diferente era otro misionero americano muy fervoroso pero muy poco instruido que se llamaba Daniel Smith y quien no guardaba secreto el hecho de que él había sido albañil, pero que encontró duro el trabajo y la intemperie muy dañosa para su salud, por lo cual, según él lo decía, el Señor lo había llamado a predicar el Evangelio a los paganos. Tal vez debido a su ignorancia, se hallaba muy propenso a ser agresivo y frecuentemente acostumbraba ponerse a discutir con Mme. Blavatsky, lo cual era una fuente de gran divertimiento para los pasajeros; mucho me temo que nuestra líder tomó una especie de placer impío en enre-

darlo en su conversación e inducirlo a proferir las más imposibles afirmaciones teológicas. Ella conocía la Biblia mucho mejor que él y constantemente citaba textos inesperados y poco conocidos que le arrancaban indignado, la siguiente protesta: "Eso no está en la Biblia, estoy seguro que eso no está en la Biblia". Entonces Mme. Blavatsky solía volverse a mí con mortal intención: "Leadbeater, traiga mi Biblia de mi camarote" y procedía a confundirlo mostrándole el capítulo y el versículo. Una vez, él tuvo la mala fortuna de decir: "Bien, de todos modos estoy seguro de que eso no está en la mía" pero la corriente de hilaridad que circulaba entre la audiencia le hizo evitar en lo sucesivo tan imprudentes afirmaciones.

Por el tiempo en que íbamos cruzando el Océano Indico, recuerdo que una vez paseaba sobre cubierta con Mme. Blavatsky, tempranamente una mañana llena de la gloria de un alborear tropical, cuando este digno misionero apareció en la parte superior de la escala y ella lo saludó al momento con estas palabras: "¡Hola, Mr. Daniel, mire alrededor de Ud. contemple esta radiante e inquieta mar, estos adorables colores; vea cuán bueno es su Dios! ¡Con toda seguridad en una mañana tan gloriosa como ésta, no puede Ud. decirme que yo voy a ser quemada en el infierno por siempre jamás!" Debo decir en justicia que el reverendo Daniel se molestó profundamente y pareció muy contrariado; con todo, se aferró valientemente a sus estribos y replicó con un esfuerzo evidente: "Bien, señora, lo siento mucho, pero apuesto a que Ud. se va al infierno!"

Naturalmente la poderosa y brillante personalidad de Mme. Blavatsky impresionaba grandemente a toda la compañía tanto oficiales como pasajeros, (exceptuando siempre al Capitán), y cada vez que ella decidía aparecer sobre cubierta en buen tiempo, rápidamente congregaba a su rededor una especie de corte de oyentes interesados que le hacían preguntas sobre toda clase de asuntos, y escuchaban pasmados sus relatos de aventuras y experiencias en los más apartados rincones del mundo. Especialmente por las noches siempre le pedían relatos de cosas terroríficas y sobrenaturales, las que refería tan bien y con tan vívido realismo que su auditorio se escalofriaba con deliciosas sacudidas de horror; pero yo noté que todas se sentían invadidas por la tendencia a agruparse pues ninguno se aventuraba a atravesar solo algún pasillo obscuro. El "Navarino" no era exactamente un tragaleguas, pero por fin llegamos a Colombo, en donde el coronel Olcott nos recibió presentándonos a los miembros más prominentes de la S. T. budhista de allí. Era aquella una generación previa de trabajadores, y supongo que apenas alguno de aquellos caballeros singaleses, que eran entonces conspícuos entre nosotros, se halle sosteniendo aun la bandera de la Sociedad en el plano físico. Recuerdo especialmente al anciano Mohandiram (un importante empleado municipal) y luego el Sr. William de Abrew, padre del bien conocido Sr. P. de Abrew, (que tan lealmente ha trabajado por nosotros durante muchos años). Don Carlos Mutiwal, el Sr. J. R. de Silva (a quien por alguna razón el coronel siempre denominaba el Doctor, si bien no era esa su profesión). El Sr. C. P. Gunawardana, (entonces secretario de la Logia de Colombo), el Sr. N. S. Fernando, Sr. Wijiasekara, Sr. Hendrick de Silva y otros cuyos nombres se me escapan y con razón, pues de esto hace 44 años, la mitad, casi, de mi larga vida. Pero sus rostros permanecen aún claros para mi vista mental.

Pero lo más importante de todo, es que fuí presentado al gran jefe y escolar Buddhista H. Sumangala Thero, Sumo Sacerdote de Peack y de Galle, y Rector del colegio de monjes Widyodaya de Maradana; el más instruido y altamente respetable de todos los jefes de la Iglesia Buddhista del Sur.

En una visita previa a la deliciosa isla de Ceilán, ambos el coronel Olcott y Mme. Blavatsky habían hecho profesión pública a la fé Buddhista y habían sido formalmente aceptados en aquella religión; y entonces me preguntó Mme. Blavatsky si yo quería seguir su ejemplo a este respecto. Ella impresionó con fuerza en mi mente la idea de que si daba yo tal paso debería hacerlo de mi propio motivo y bajo mi propia responsabilidad, y que ella no deseaba persuadirme al efecto, pero ella creía que, puesto que yo era un Sacerdote cristiano mi aceptación pública de una gran religión oriental serviría mucho para convencer a ambos, Indues y Buddistas, de mi buena fé; y me capacitaría para una labor más útil al trabajar entre ellos para nuestros Maestros.

Yo repliqué que sentía la más grande reverencia por el Señor Budda y de todo corazón aceptaba su enseñanza, y que sería para mí un grande honor darme de alta entre sus prosélitos si pudiera hacerlo sin abjurar, de la fé cristiana dentro de la cual fuí bautizado. Ella me aseguró que no se me pediría tal repudiación y que no había incompatibilidad entre el Buddismo y el *verdadero* Cristianismo, si bien no sería probable que ningún Buddista ilustrado creyera los crudos dogmas teológicos que usualmente predicaban los misioneros. El Buddismo, dijo ella, no fué un asunto de credo sino de vida; no se me pedía aceptar ningún artículo de fé, sino tratar de vivir de acuerdo con los preceptos del Señor.

Por supuesto estaba yo enteramente conforme con lo anterior; y así se arregló que fuera presentado al Sumo Sacerdote para ser admitido. Este título de Sumo Sacerdote es algo mal entendido si bien se usaba generalmente entre nosotros al hablar de Sumangala. En estricta exactitud, un título como el de Abad en Jefe, expresaría mejor la verdad. En realidad nada hay semejante a Sacerdocio en el Buddismo; no hay sacrificio que ofrecer, ni servicio público que dirigir.

(Continuará.)

INCIDENTES DE LA VIDA DEL CONDE DE SAINT-GERMAIN

(Continúa)

"Hubo más gritos, más lágrimas, más desesperación, yo no sabía a quien escuchar: M. de Vaudreuil no mostraba más firmeza que la Polignac.

—¡Ay! dijo la duquesa—mi deber es obedecer; partiré, seguramente, puesto que la reina lo quiere; pero, ¿no me permitirá ella reiterarle verbalmente mi gratitud por sus innumerables bondades?

—Nunca—dije—ha pensado ella en vuestra marcha, antes de haberos consolado; id, pues, a su cámara; su recibimiento os compensará de este aparente disfavor".

La duquesa me rogó que la acompañara, y yo consentí. Mi corazón se rompía ante la triste entrevista entre estas amigas que se amaban tan entrañablemente. Fué un flujo de quejas, lágrimas, suspiros; se abrazaban tan estrechamente, que no podían separarse; daba verdadera compasión.

"En este momento; trajeron una carta para la reina, sellada de un modo curioso; le echó una ojeada, se estremeció al mirarme, y dijo: Es de nuestro desconocido.

—En verdad—dije—me parece extraño que haya permanecido tranquilo en circunstancias como ésta; por otra parte. no ha hecho más que anticiparme a mí".

"Madame de Polignac, según la expresión de su cara, parecía ansiosa de saber lo que a mi me era tan familiar". Una señal que hice a la reina, le dió a conocer esta circunstancia; entonces su Majestad se expresó así:

—Desde el tiempo de mi llegada a Francia, y en todos los sucesos importantes en que he estado interesada, un misterioso protector me ha descubierto lo que tenía que temer; os he dicho algo de esto, y hoy no dudo que me aconseja lo que debo hacer.

—Madame d'Adhémar—continuó dirigiéndose a mí—leed esta carta; vuestros ojos están menos fatigados que los de madame de Polignac y los míos".

"¡Ay! la reina se refería a las lágrimas que nunca cesaba de derramar. Tomé la carta, y después de abrir el sobre leí lo siguiente:

"Madame, he sido Cassandra; mis palabras han caído en vano en vuestros oídos, y habéis llegado a la época de que os hablé. Y no es cuestión de hablar, sino de hacer frente a la tempestad con la energía del trueno; a fin de hacer esto y aumentar vuestra fuerza, debéis separaros de las personas a quien más amáis, de suerte que quitéis todo pretexto a los rebeldes. Por otra parte, esas personas corren peligro de la vida; todos los Polignac y sus amigos están condenados a muerte, y están señalados los asesinos que acaban de matar a los oficiales de la Bastilla y al preboste de los mercaderes. El conde d'Artois perecerá; están sedientos de su sangre; que tenga cuidado. Me apresuro a deciros esto; más adelante os diré algo más sobre el asunto".

"Nos hallábamos en el estupor que semejante amenaza tenía necesariamente que causar, cuando anunciaron al conde d'Artois. Todos nos sobresaltamos, y él mismo se quedó estupefacto. Se le preguntó, y no pudiendo guardar silencio, nos dijo que al duque de Liancourt le acababa de decir, lo mismo que al rey, que la gente de la revolución, a fin de consolidarla, habían resuelto quitarle la vida (al conde d'Artois), a la duquesa de Polignac y al duque, y también a los señores de Vaudreuil, de Vermont, de Guiche, al duque de Broglie, a Vauguyó, a Castries, a los Palastrons; en una palabra, una verdadera proscripción. . ."

"Al volver a casa. me entregaron una nota que decía así: "Todo está perdido, condesa! Este sol es el último que se pondrá para la monarquía mañana ya no existirá; el caos prevalecerá, la anarquía sin freno. Vos sabéis cuanto he tratado de hacer para que los asuntos tomasen un rumbo distinto: se me ha desdeñado, ahora es demasiado tarde".

"Manteneos retirada, yo velaré sobre vos; sed prudente y sobreviviréis a la tempestad que todo echará por tierra. Resisto al deseo que tengo de veros; ¿qué *pudiéramos decirnos?* Me pediríais lo imposible; yo no puedo hacer nada por el rey, nada por la reina, nada por la familia real; nada ni aún por el duque de Orleans,

que triunfará mañana, y quien a su debido tiempo cruzará el Capitolio para ser arrojado desde la roca Tarpeya. Sin embargo, si tenéis mucho empeño en ver a un antiguo amigo, id a misa de ocho a los Recoletos, y entrad en la segunda capilla a la derecha".

"Tengo el honor de ser

Conde de St. Germain".

Ante este nombre que yo había adivinado ya, un grito de sorpresa se me escapó; él vivía aún; él, de quien se había dicho que había muerto en 1784 y de quien no había oído hablar hacía largos años; él había vuelto a aparecer repentinamente, y ¡en qué momento, en qué época! ¿Por qué había venido a Francia? ¿No terminaría nunca su vida? Pues yo conocía a ancianos que le habían visto con la apariencia de cuarenta a cincuenta años de edad, y esto al principio del siglo XVIII.

La una de la madrugada sería cuando yo leía esta carta; la hora de la cita era temprano; así, me acosté. Dormí poco: sueños terribles me atormetaron, y en su horripilante ridiculez contemplé el porvenir, sin embargo, sin comprenderlo. Al amanecer me levanté rendida Había ordenado que me trajeran café muy fuerte, del que tomé dos tazas que me hicieron revivir. A las siete y media pedí una silla de manos, y seguida de mi viejo sirviente de confianza, me dirijí a Recoletos.

La iglesia estaba vacía; coloqué a mi fiel Laroche de centinela, y entré en la capilla nombrada; poco después, y aún antes de que hubiese recojido mi pensamiento en la presencia de Dios, ví que un hombre se adelantaba hacia mí... Era él mismo en persona... Sí, con el mismo semblante que en 1760, al paso que el mío estaba lleno de arrugas y señales de decrepitud... Esto me impresionó profundamente; él me sonrió, dió un paso adelante, y me tomó la mano que besó con galantería. Yo me sentía tan turbada que le permití hacerlo a pesar de la santidad del lugar.

—Heos aquí,—dije;—¿de dónde venís?

—Vengo de China y del Japón.

—¡O más bien del otro mundo!

—Sí, verdaderamente, casi es así, ¡Ah, señora! *allá abajo* (subrayo la frase) nada tan extraño como lo que pasa aquí.

¡Cómo se desvanece esta monarquía de Luis XIV! Vos que no lo habéis visto, no podéis hacer la comparación, pero yo...

—¡Ahora sí que os he cogido, hombre de ayer!

—¿Quién ignora la historia de este gran reino? ¡Y el Cardenal Richelieu, si volviera a nacer, se volvería loco! ¡No existen leyes! ¿qué os dije yo así como a la reina? Que M. de Mauperas lo perdería todo, porque todo lo había comprometido. Yo fuí Casandra o un profeta de males, y ahora ¿cómo, en qué situación os halláis?

—¡Ah, conde! Vuestra sabiduría sería inútil.

—Señora, el que siembra vientos recoje tempestades. Jesús lo dijo en el Evangelio, quizás no delante de mí, pero en todo caso sus palabras permanecen escritas, y las mías pudieron haber sido aprovechadas.

—¡Otra vez!—exclamé, tratando de sonreir, pero él, sin contestar a mi exclamación, dijo:

—Yo os lo escribí: *no puedo hacer nada, mis manos están atadas por algo más fuerte que yo.* Hay momentos en que la retirada es imposible; otros en que *El* ha hablado y el decreto tiene que ejecutarse. *En esto estamos entrando.*

—¿Veréis a la reina?

—No; está condenada.

—¡Condenada! ¿A qué?

—¡A muerte!

—¡Ah!—esta vez no pude reprimir un grito, me levanté de mi asiento, mis manos rechazaron al conde, y en voz temblorosa dije:

—¡Y vos también! ¡Vos! ¡Cómo, vos también!

—¡Sí, yo, yo, como Cazotte!

—Vos, sabéis. . .

—Lo que ni aún siquiera sospecháis. Volved al palacio, id y decid a la reina que tenga cuidado, que este día le será fatal; existe un complot, se premedita el asesinato.

—Me llenáis de horror, pero el conde d'Estaing ha prometido. . .

—Tendrá miedo y se ocultará.

—Pero M. de Lafayete. . .

—¡Un globo hinchado de viento! Aún en este momento están determinando lo que van a hacer con él, si será instrumento o víctima; esta tarde estará decidido.

—Caballero—dije—vos podríais prestar grandes servicios a nuestros reyes si quisiérais?

—¿Y si no puedo?

—¿Cómo?

—Sí, si no puedo. No sería èscuchado. La hora de reposo ha pasado, y los decretos de la Providencia tienen que cumplirse.

—En pocas palabras, ¿qué es lo que quieren?

—La ruina completa de los Borbones; los expulsarán de todos los tronos que ocupan, y en menos de un siglo volverán al rango de simples individuos particulares en sus diferentes ramas.

—¿Y la Francia?

—Reino, República, Imperio, Gobiernos mezclados, atormentada, agitada, desgarrada; de tiranos hábiles pasarán otros que son ambiciosos sin mérito! Será dividida, hecha trozos, rota; y todo esto no son pleonasmos que uso; los tiranos futuros traerán la caída del Imperio; el orgullo barrerá o abolirá las distinciones, no por virtud, sino por vanidad, y por medio de la vanidad volverán a ellas. Los franceses, como niños que juegan con lazos y hondas, jugarán con los títulos, honores y condecoraciones; todo será para ellos un juguete, hasta los coreajes de la Guardia Nacional; la codicia insaciable devorará la hacienda pública. Actualmente el déficit es de unos cincuenta millones, y en su nombre se hace la revolución; pues bien, bajo la dictadura de los filántropos, de los retóricos, de los oradores, la deuda del Estado excederá a algunos millones de millones.

—¡Sois un profeta terrible! ¿Cuándo os volveré a ver?

¡Cinco veces más; no deseéis la sexta!

Confieso que una conversación tan lúgubre, tan solemne, tan aterradora, me inspiraba pocos deseos de continuarla. M. de Saint Germain me oprimía el corazón como una pesadilla; es extraño cuanto cambiamos con la edad, como miramos con indiferencia y hasta con disgusto a aquellos cuya presencia nos encantaba antes. Yo me encontraba en estas condiciones en las presentes circunstancias; por otra parte, el peligro inmediato de la reina me preocupaba. No insistí lo bastante con el conde de Saint Germain; quizá si se lo hubiera suplicado, hubiera venido a ella. Hubo una pausa y luego reanudamos la conversación:

—No os detengáis más tiempo—dijo;—ya hay disturbios en la ciudad. Soy como Atalia, *he deseado ver y he visto.* Ahora volveré a asumir mi parte y os dejo. Tengo que hacer un viaje a Suecia; un crimen se intenta allí, y voy a impedirlo. Su Majestad Gustavo III me interesa, vale más que su fama.

—¿Y está amenazado?

—Si; ya no se dirá más "feliz

como un rey" y menos como una reina.

—Adiós, pues, caballero; a la verdad, desearía no haberos escuchado.

—Así nos sucede siempre a nosotros los veraces; los engañadores son bien venidos, pero mal haya quienquiera que diga lo que va a suceder. ¡Adiós, señora, *hasta la vista!*

Marchó; yo permanecí absorbida en profunda meditación, sin saber si debía o no informar a la reina de esta visita; decidí esperar hasta el fin de la semana, y guardar silencio si se acumulaban las desgracias. Me levanté, por fin, y cuando ví a Laroche le pregunté si había visto al conde de Saint Germain cuando salió.

—¿El Ministro, señora?

—No, ese hace tiempo que ha muerto; el otro.

—¡Ah! el hábil encantador. No, señora. ¿Le ha visto la señora condesa?

—Acaba de salir en este instante, y pasó por vuestro lado.

—Sin duda he debido estar distraído, porque no le ví.

—Eso es imposible, Laroche, eso es una broma.

—Mientras peores son los tiempos, más respetuoso soy para la señora.

—¡Cómo! ¿No ha pasado por esta puerta por vuestro lado?

—No es que trate de negarlo, sólo digo que no le he visto.

Estas son las últimas palabras que la condesa d'Adhémar escribe con relación al conde de Saint Germain, o el amigo que tan en vano intentó salvarlos de la tempestad que por todas partes se desencadenaba. Una nota importante que ya se ha mencionado, puede, sin embargo, citarse con propiedad en este punto, debida evidentemente a pluma del biógrafo, y es la siguiente:

"Nota escrita de mano de la condesa, unida con un alfiler al manuscrito original, y fechada en 12 de mayo de 1821. Ella murió en 1822. "Volví a ver a M. de Saint Germain, y siempre con gran sorpresa mía, cuando el asesinato de la reina, a la venida del 18 Brumario, al día siguiente de la muerte del Duque d'Enghien, en el mes enero de 1813, y en la víspera del asesinato del duque de Berri. Espero la sexta visita cuando Dios quiera".

De este modo contradice una voz de entre los muertos las diatribas maliciosas contra este maestro, así como también niega los asertos infundados acerca de su muerte en 1784, que hizo el doctor Buster, de Berlín. Quizás los pasajes más interesantes son aquellos que se refieren a las predicciones del conde Saint Germain, respecto del porvenir de Francia. Hace ya ciento diez años que tales palabras fueron dichas y podemos ver que han resultado perfectamente exactas en todos sus detalles.

Los Borbones no son ya más que una familia particular. La honra de Francia ha sido arruinade por aquellos que se habían apropiado posiciones de honor y de confianza, en las cuales su carácter moral no podía soportar la prueba. El escándalo del Panamá y el presente caso de Dreyfus, pueden citarse como ejemplos que ilustran, con demasiada claridad, la verdad de la triste predición hecha por el mismo mensajero del siglo pasado. Pudo haberse citado con propiedad las palabras del procurador legendario: "Yo soy la voz que clama en el desierto". Pero desgraciadamente para Francia, ni las profecías ni los avisos le sirven de nada; lenta y tristemente ha dado vueltas la rueda de su vida, probando la veracidad y exactitud de aquel profeta que fué enviado a prevenirla de su destino.

ISABEL COOPER OAKLEY

LOGIAS DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA CENTROAMERICANA
(Centroamérica y Colombia)

Secretario General: MARIANO L. CORONADO.

Apartado 568 —:— San Jose, Costa Rica C. A.

Cable: "TEOSOFIA"

LOGIAS

"ALBA LUZ"	Carlos J. Carreño. Bucaramanga, Colombia.
"ALETHEIA"	Gral. Max. H. Martínez. San Salvador, El Salvador.
"ARCO IRIS"	Guillermo Vengoechea. Apartado 539. Bogotá, Colombia.
"DARLU"	Doctor Francisco G. Miranda. Granada, Nicaragua.
"DHARANA"	Marco Aurelio Zumbado. San José, Costa Rica.
"EUCARAS"	Doctor Juan G. Aburto. 2ª Calle Sur Nº 4. Managua, Nicaragua.
"GNOSIS"	Honorio Silva. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"JINARAJADASA"	Doctor José T. Olivares. 1ª Calle Noroeste Nº 932. Managua, Nicaragua.
"KOOT - HOOMI"	Inés v. de Fopp. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"LUZ DEL VALLE"	Nazario Lalinde. Cali, Colombia.
"MAITREYA"	José Espinoza. Rivas, Nicaragua.
"PRATIBHA"	Isidro de J. Olivares. Apartado Nº 9. Managua, Nicaragua.
"SIRIO"	Dídima Sánchez. Alajuela, Costa Rica.
"SUBIRANA"	Doctor Salvador Moncada. Tegucigalpa. Honduras.
"TEOTL"	Mariano Castro González. San Salvador, República El Salvador.
"VIRYA"	Hermógenes Rodríguez. San José, Costa Rica.
"VOTAN"	Doctor Juan F. Orozco. San Salvador, República El Salvador.

PERMANENTE

La publicación de esta revista es sostenida por un grupo pequeño de teosofistas y su distribución es gratuita.

Cualquiera ayuda que Ud. desee dar para "Virya" será alegremente recibida. Envíela a:

Editor de la Revista "Virya",

Apartado 568, San José, Costa Rica.

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

La Sociedad Teosófica fue fundada en Nueva York, el 17 de Noviembre de 1875, por la señora H. P. Blavastky y por el Coronel H. S. Olcott. Su existencia legal fué concedida el 3 de Abril de 1905 en Adyar—Madras—(India), ciudad en la cual tiene su Sede General y donde reside su actual Presidente, señora Annie Besant.

Esta Sociedad es una agrupación de personas que aspiran a investigar la Verdad y a servir a la humanidad; su objeto es contrarrestar el materialismo y hacer vivir las tendencias religiosas.

Los fines que persigue son los siguientes:

1º—Formar un núcleo de Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

3º—Estudiar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre.

La Sociedad Teosófica está compuesta por estudiantes que pertenecen a cualquier religión del mundo, o a ninguna de ellas. Están unidos por la aceptación de los principios más arriba expuestos; y por el deseo de eliminar antagonismos religiosos y de agrupar a los hombres de buena voluntad para estudiar las verdades religiosas, compartiendo con los demás los conocimientos adquiridos.

El lazo que los une no es una creencia, sino la investigación, la aspiración a la Verdad. Están convencidos de que la Verdad debe ser buscada por medio del estudio, por la meditación, por la pureza de vida, por la devoción hacia altos ideales y consideran que la Verdad es un premio cuya obtención merece cualquier sacrificio y no un dogma que debe imponerse por la fuerza.

Ellos consideran que la creencia debe ser el resultado del estudio individual o de la intuición y no de presiones externas; que debe basarse sobre el conocimiento y no sobre afirmaciones. Procuran tener amplia tolerancia para todos, aún para el intolerante, y al practicarlo no creen hacer una concesión, sólo saben que cumplen con su deber. Tratan de concluir con la ignorancia, pero no la castigan.

Consideran cada religión como una expresión de la Divina Sabiduría y prefieren estudiarlas a condenarlas. Su palabra de orden es Paz y la Verdad su aspiración.

La *Teosofía* es el conjunto de verdades que forma la base de todas las religiones y que ninguna de ellas puede reclamar como de su exclusiva pertenencia.

Ofrece la filosofía que hace comprensible la vida, y demuestra la justicia y el amor que guía su evolución. Da a la muerte su verdadera importancia, demostrándonos que no es más que un incidente en una vida infinita, que nos abre las puertas de una existencia más radiante y completa.

Restaura en el mundo la Ciencia del Espíritu, enseñándole al hombre a reconocer al Espíritu dentro de sí mismo, y a considerar su cuerpo y su mente como servidores del Espíritu.

Esclarece las Escrituras y doctrinas de las religiones, explicando su significado oculto, y las hace así aceptables a la inteligencia.

Los miembros de la Sociedad Teosófica estudian estas verdades y como teósofos tratan de vivirlas. Cada persona que desee estudiar, que quiera ser tolerante, que aspire hacia lo Alto, que desee trabajar con perseverencia, es bien recibida como socio, siendo de su exclusivo empeño el transformarse o no en un verdadero teósofo.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Habiéndose esparcido la Sociedad Teosófica por todos los ámbitos del mundo civilizado y habiéndose afiliado a ella miembros de todas las religiones sin renunciar a los dogmas especiales de sus fes respectivas, se cree conveniente hacer resaltar el hecho de que no hay doctrina ni opinión, sea quien fuere, quien la enseñe o sostenga, que de ningún modo puede ser obligatoria para ningún miembro de la Sociedad, pudiendo cada cual aceptarlas o rechazarlas todas libremente.—La única condición precisa para al admisión es la aceptación del primero de los tres objetos de la Sociedad. Ningún instructor ni escritor, desde H. P. Blavatsky para abajo, tiene autoridad alguna para imponer sus opiniones o enseñanzas a los miembros.—Cada miembro tiene igual derecho para adherirse a cualquier instructor o escuela de pensamiento que él desee elegir, pero no tiene ningún derecho a imponer a otros el escoger como él.—A ningún candidato a un puesto oficial ni a ningún elector se le puede negar su derecho a la candidatura o al voto por causa de las opiniones que pueda sostener o porque pertenezca a determinada escuela de ideas. Las opiniones y creencias no crean privilegios ni acarrean castigos.—Los miembros del Consejo Administrativo ruegan encarecidamente a todo miembro de la Sociedad Teosófica que mantenga y defienda estos principios fundamentales de la Sociedad y amolde a ellos su conducta y que también ejerza sin ningún temor su propio derecho a la libertad de pensamiento y a su amplia expresión dentro de los límites de la cortesía y de la consideración a los demás